

PRÓLOGO

*Donde conocemos a una niña
muy especial y a su padre, y nos
despedimos de su madre casi
sin haberla conocido*

Aunque ya tenía ocho años, Isabelita apenas conocía a su padre. En casa, es cierto, había un montón de fotos suyas, y copas, diplomas y reconocimientos de todo tipo, que había conseguido a lo largo de su vida como explorador. Pero don Pedro de Silva nunca estaba en casa, casi siempre se encontraba lejos,

explorando lugares del mundo que nadie conocía todavía, como antiguas ciudades enterradas o escondidas en la selva.

Su mujer y su hija esperaban siempre su regreso. Para aliviar la espera, Isabelita y su madre hacían muchas cosas, como ir a clases de baile, de pintura o de cocina. Ya estaban acostumbradas. Solo por poner un ejemplo, cuando nació



Isabelita, su padre estaba intentando descubrir un pasadizo hacia el centro de la Tierra y, como no podía dejarlo todo allí abajo para subir a la superficie, conoció a su hija cuando ya tenía catorce meses.

Incluso ahora que era mayor, Isabelita veía a su padre solo unos días al año. Cuando no había conseguido todavía acostumbrarse a su voz, a sus mejillas ásperas por la barba o a su olor, él volvía a marcharse de nuevo. Por eso se puede decir que ella no lo echaba mucho de menos, pero su madre sí.

La señora de Silva tenía una salud delicada y no podía acompañar a su marido en sus viajes. No, se quedaba en casa, aguardando su llegada.



Y claro, de sentir tanta tristeza durante días y días, la madre de Isabelita enfermó y murió de pena.

Pedro de Silva recibió la terrible noticia cuando estaba a punto de llegar a una ciudad prohibida en la cima de una montaña en el extremo sur del mundo. Y esta vez, por primera vez en su vida, le sobrecogió un enorme sentimiento de culpa.

Sintió que se le rompía el corazón y dejó su hazaña sin concluir para volver a casa lo antes posible.

Lloró la pérdida de su mujer y se encontró ante una niña de diez años, que apenas conocía y que lo miraba fijamente.

Entendió entonces que debía hacer algo si no quería perder también a

Isabelita, así que decidió llevársela consigo siempre que emprendiera un nuevo viaje.

Isabelita todavía era muy pequeña para quedarse sola, así que, aunque no le gustase la idea de viajar con su padre, no se podía oponer. En realidad, sentía más curiosidad que miedo. Además, no imaginaba la de sorpresas y, en algunos casos, adversidades que acompañan a los exploradores. Así que hizo las maletas y se preparó para vivir una nueva aventura.